



Oficina del Diaconado

ES UN MOMENTO DE GRACIA

Una variedad de emociones se mueve dentro de nosotros en estos días y debemos de admitir que es un desafío clasificar estos sentimientos. Podríamos preguntarnos: “¿Cuál debe ser la respuesta de los cristianos en tiempos como este?”

Gracias a cada uno de ustedes por los esfuerzos que han estado haciendo para unir a las personas. Es parte de nuestra descripción de trabajo como líderes cristianos. No podemos dar por sentado que el respeto al prójimo está estructurado con eficacia – incluso dentro de la comunidad cristiana.

Como si la crisis de salud no fuera suficiente para tensar los nervios hasta un punto crítico, una serie de incidentes policíacos alrededor de la nación, que resultaron en la muerte de varios afroamericanos, ha encendido un barril de pólvora de frustración, exponiendo heridas supuradas por meses, años y más allá, sin soluciones claras a la vista.

Tenemos mucho en común como seres humanos pero nos engañan nuestra falta de contacto, la falta de entendimiento mutuo, personas con diferentes experiencias, diferentes visiones del mundo e incluso diferentes evaluaciones sobre las bases de los disturbios de hoy. Nos recuerdan que el fanatismo y la indiferencia están tejidos en la tela de Estados Unidos. La desigualdad racial y económica continúa. Sistemas, instituciones y gobierno históricamente tienen diferentes enfoques para las personas blancas, de raza negra y morenas, lo que estalla en situaciones fuera de control.

Para empeorar las cosas, solo el COVID-19 ha generado un sinnúmero de desempleados, subempleados, numerosos inelegibles para un estímulo del gobierno, dejando a la gente sin dinero todavía con familias que alimentar e hipotecas y alquileres que pagar. Y cuando la gente de raza negra y morena lo rechazan con fuerza, el *mainstream* de Estados Unidos se pregunta por qué están molestos. La sorpresa misma se vuelve un insulto.

Es un consuelo de ver tanta gente alrededor del país, blancos, morenos, negros, asiáticos en protesta pacífica tras el asesinato de Breonna Taylor y Ahmaud Arbery y George Floyd. Es un signo de aliento que la preocupación se haya extendido y que haya tanta gente allá afuera que quiere ser agente de buena voluntad.

Nos enfrentamos al asunto pendiente de la raza en este país, los de problemas sin resolver de pobreza, de oportunidad vs. la falta de oportunidad. Difícilmente hemos pensado dos veces en la sociedad estratificada en la que vivimos, pensando que es normal, “si ustedes, la gente salieran adelante por sus propios medios”, se comenta con frecuencia. Pero un sinnúmero de personas no tiene los medios.

Las estructuras en una sociedad materialmente rica han dejado a un gran número de personas marginadas en la vida, de tal forma que ellos no pueden, por usar las palabras, “respirar” el aire de una sociedad libre y próspera como la nuestra. Mientras que todos somos iguales, humanos con sudor y lágrimas, las diferencias que se dejan crecer entre nosotros son enormes. Y algunas facciones insidiosas que están mirando están decididas a mantenerlo así.

Somos creyentes. En vez de enfocarnos en nuestra ira, o atribuir la culpa a quien sea, sintiéndonos incómodos por el caos reciente, quizás la empatía sea el sentimiento correcto para el momento, porque los pobres y los desplazados, los maltratados y los olvidados siempre están a la vuelta de la esquina, calle abajo, e incluso en la casa de al lado. ¿Cómo pueden las fuerzas del orden público reorientarse frente a individuos y comunidades en crisis de tal manera que la dignidad de la vida humana permanezca siendo primordial con los métodos de mantener el orden? ¿Cómo podemos reeducarnos lejos de la disonancia visual y emocional que provoca el color de piel?

Nuestra Iglesia vive y trabaja en medio de estas realidades. Nuestros gestos en todas las instancias deben ser amables con todos, correctivos frente a la injusticia, formativos al unir a las personas a lo largo de vecindarios y fronteras naturales y enclaves separados que hemos construidos para nosotros mismos. Debemos estar ocupados en el asunto de desafiar nuestros niveles de comodidad con iglesias, ministerios y proyectos de una sola raza y esforzarnos para programar diversidad en las cosas que somos y hacemos como iglesia. Es una tarea abrumadora en lo que respecta a su propio nivel de fatiga. Pero no podemos rendirnos. Hay mucho en juego, como lo evidencian los mensajes que se emiten de las protestas y manifestaciones que claman algo diferente. Nosotros los católicos podemos ayudar a liderar el camino.

Un viejo rabino una vez preguntó a uno de sus estudiantes, “¿cómo puedes saber cuándo termina la noche y comienza el día?” El estudiante pensó por un momento y dijo: “¿Pudiera ser qué cuando ves a un animal en la distancia y puedes decir si es una oveja o un perro?” “No”, respondió el rabino, “¡piensa otra vez!” El estudiante lo hizo, pero fue en vano. El rabino entonces dijo: “Es cuando puedes ver a la cara de otro y ver que es tu hermano o hermana. Si no puedes ver esto, todavía es de noche”.

Así que, ¿qué tiende a evitar que vea a un hermano o una hermana en la cara de otro? ¡Nos asustamos cuando la imagen de cerca o de lejos es negra! Martin Luther King una vez dijo: “Debemos aprender a vivir juntos como hermanos o perecer juntos como tontos”.

Gracias a cada uno de ustedes por sus esfuerzos desde el principio para unir a las personas.

Que tu don del Espíritu, oh, Dios, continúe inflamando nuestros corazones, que podamos traer tu paz y justicia a un mundo agitado. Inculca en la gente de cada idioma, raza y cultura, un compromiso de vivir con justicia y un deseo de ser uno contigo y con tu Hijo, Jesucristo. Te reconocemos como Señor, por los siglos de los siglos. AMÉN.

Obispo Joseph N. Perry

2020